

La ciega esperanza

Rodrigo Arenas Betancourt

Sangre mía, flor instalada en todos los portales; amargo recuerdo del cacto, del toluache; dulceamargo recuerdo, te digo que esperaba de todo corazón que estos apuntes no se perdieran. Quería ponerle al autorretrato del martes 15 de diciembre de 1987: para "Rigosé", por una eternidad. Pero me contuvo el miedo y tuve temor de mis impulsos intuitivos. Estaba ofuscado y sentí en el "aire colombiano", la muerte; pero intuí en el mismo la vida. No sabía a ciencia cierta si era "la ciega esperanza" lo que me consolaba, pero me mortificaba lo desapacible del lugar y de estos hijos de puta carceleros. Suicidarse, podría ser, pero valía la pena arriesgar todavía algunas contingencias. Según mis viejos preceptos, todavía podía vivir.



Dibujo tomado de Arenas Betancourt, R. (1988).

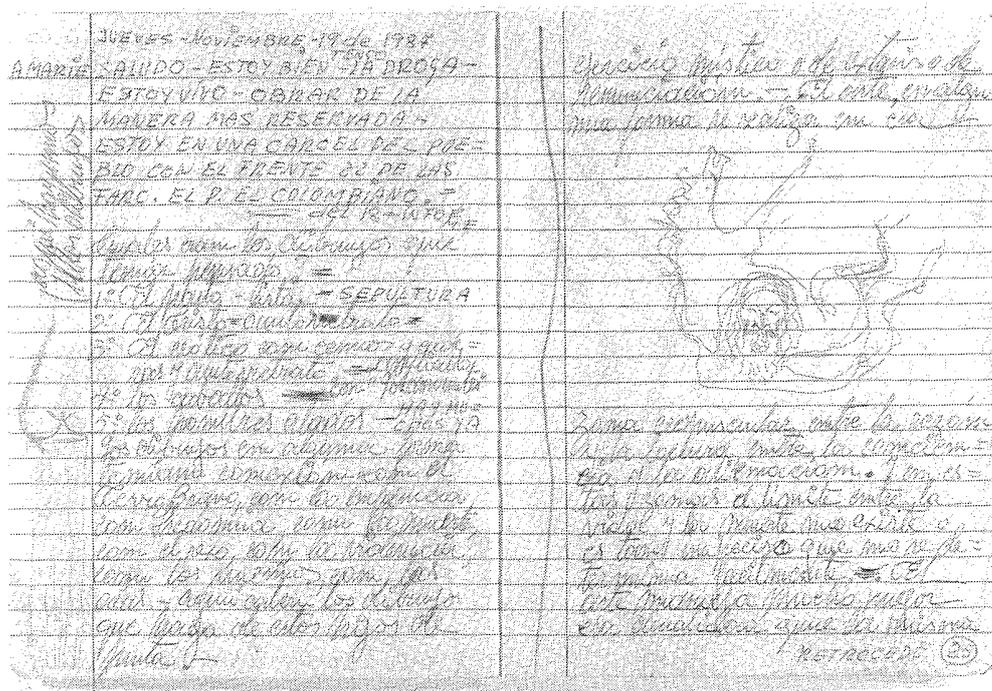
Grito mío, dulceamargo recuerdo, te digo que alguien me dijo, no sé cuándo ni cómo, ni dónde, y además no me interesa, que la vida es un instante entre dos eternidades, algo así como un relámpago maldito, entre dos inmensas, terribles y bellísimas nada; la nada antes del nacer y la nada después del morir. El antes y el después en donde nosotros, amada hija, de ninguna manera estaremos conscientes y a gusto. Este chispazo fugaz, tambaleante, trémulo, es el que me interesa y deseo delimitar en sus confines y contornos.

El cáncer puede andar por ahí; lo mismo la presión arterial; igualmente el corazón averiado; y, al menos por otro día, podría estar aquí escribiendo y dibujando. El Condenado pensaba que todo era cuestión de serenarse y aplomarse, y que así iría más lejos. Otra vez "la ciega esperanza" se mete al corazón, a los testículos, al amor y contra la muerte. ¡Ah, de

la "ciega esperanza"! El Prisonero la mató cuando la operación para

poder vivir cuatro años y medio. ¿Cuánto vivirá? No lo sabía ni lo quería saber. Podía morir en el minuto siguiente, dentro de días o años; sólo quería estar listo y hasta donde fuera posible, ecuánime. Tenía que asumir aquella actitud de los samurai; ese sería su empeño.

Empeño vano e inútil, pero lo intento, como pretendo a veces sujetar la belleza, penetrar en la noche, al glandular origen de la vida en el orgasmo y en el delirio amoroso. Intento reconstruir ese perfil impreciso, borroso, que inicia mi



Dibujo tomado de Arenas Betancourt, R. (1988).

vida inmediatamente después de la nada germinal, del nacer. Quiero hacerlo ahora, cuando el fantasma astronómicamente bello del límite, voluntario e involuntario, de mi vida con la nada después de la muerte, me es familiar. Lo intento ahora, cuando mi vida es como un río gimiente y tumultuoso que corre consciente entre las dos orillas, las dos impolutas nadas, azotando el viento y burlando los mares.

Al Condenado el nudo de todo esto se le formó allí, en esa prisión; estaba en el conflicto de cómo sobrellevar los días, ya que se venían inciertos y opacos. Todos los razonamientos y los desvaríos sólo le servían para mantener un discreto optimismo y para esperar con paciencia a que las cosas se resolvieran con éxito. Lo que habló el 16 de diciembre con la "Draga del Caquetá", lo animó porque coincidía con lo que venía pasando, aunque el maldito no dijera la verdad. En todo caso, algo había de fondo en la corriente. Podía ser que también los vigilantes estaban pendientes del arreglo para irse a la libertad. Pensó: -Todo esto se parece mucho, hija amarga, morena y dulce,

a un testamento del viejo iconoclasta. ¿Pero acaso mi vida, como todas las vidas, no es un testamento y un testimonio desolado, un frustrado ruego? Pero realmente, esa no era, para el Condenado, la parte final del testimonio. La relación de los guardianes con los jefes, no la conocía, pero la intuía, para el efecto de juzgar su comportamiento y precisar el significado de sus palabras. Presentía que la negociación podía estar en el clímax, aunque simultáneamente lo asediaba el pesimismo y con amargura se resignaba a soportar la prisión y a blasfemar, protestar, guerrear y batir la muerte con sus banderas de lujuria y furia; con sus propios himnos de agrio mineral. Antes de cerrar los ojos quería conjuntar el alborear griego, con el alborear de la vida en la montaña brutal, tallada por un dios machetero, sin piedad ni conmiseración. Aquella insólita experiencia de vivir, de alguna manera genial, correspondía a aquella única historia del pueblo griego.

Tomado de Arenas Betancourt, R. (1988). *Los pasos del condenado*, Bogotá, Arango Editores, pp. 179-185.